

LA ORIGINALIDAD EN LA LITERATURA CHILENA

— por Domingo Amunátegui Solar —

EN el pasado siglo se discutió mucho entre los críticos sobre si podían tener originalidad las obras producidas en la literatura hispanoamericana.

La causa de esta duda nació del espíritu de imitación que caracterizaba al primer período literario de las nuevas repúblicas.

La verdad es que los hijos de estos países seguían ciegamente las normas adoptadas por los historiadores, novelistas, poetas y periodistas de Francia y España.

¿Cómo podían adquirir en estas condiciones verdadera originalidad, por lo menos, en el espacio de muchos años, las letras chilenas o argentinas? La importancia de la literatura de Francia y de España era de tal entidad que no se concebía llegaran los jóvenes hispanoamericanos a libertarse fácilmente de la influencia avasalladora de la intelectualidad europea.

Este fenómeno imprevisto se realizó, sin embargo, por la fuerza de las cosas; y en el presente siglo el panorama literario del mundo americano ofrece aspectos propios, completamente diversos de los que distinguen a las letras del Viejo Mundo. Y no podía menos de ser así, a causa de las diferencias sociales, políticas y etnológicas que existen entre las naciones de uno y otro continente.

Esto no quiere decir, de ningún modo, que haya cesado en absoluto el predominio literario europeo; pues habría sido imposible que, en tan corto espacio de tiempo, nuestros escri-

tores hubieran progresado en tal forma que no necesitaran de las enseñanzas y ejemplos de los maestros de allende el Océano.

La verdad es que en la actualidad mantienen su valimiento sobre nuestras letras nacionales las que florecen en las principales naciones de Europa, y aún en los Estados Unidos, tanto en la forma como en el fondo; pero también lo es que los libros hispanoamericanos constituyen desde algunos puntos de vista una literatura original, inconfundible con la europea.

Las consideraciones que van a leerse sólo tratan de las letras chilenas, aunque podrían también aplicarse a las de las demás repúblicas que hablan castellano en este Continente.

Un ilustre crítico español, don Marcelino Menéndez y Pelayo, hace datar el principio de la literatura chilena propiamente tal, en la fecha de la fundación de la Universidad, o sea, a mediados del siglo XIX, y agrega; «Pero no eran orgías de imaginación lo que había que temer de los chilenos. De la Universidad salieron historiadores, investigadores, gramáticos, economistas y sociólogos, más bien que poetas. El carácter del pueblo chileno, como el de sus progenitores, vascongados en gran parte, es positivo, práctico, sesudo, poco inclinado a idealidades.»*

«No hay rincón de su historia, afirma más adelante el mismo autor, que los chilenos no hayan escudriñado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman e ilustren con comentarios...»

La afirmación del insigne polígrafo es exactísima; y sin duda el género literario más cultivado en Chile y el que mayor altura ha alcanzado es el histórico.

Y aquí empieza la originalidad de nuestras letras nacionales.

Los estudios históricos y de sociología publicados en nuestro país desde el año de 1844 hasta la fecha, se refieren casi exclusivamente a los sucesos ocurridos en Chile, tanto en la época colonial como en la republicana. Esta originalidad de fondo es innegable.

* Menéndez y Pelayo. *Historia de la Poesía Hispanoamericana*. Tomo 2.º, págs. 369 y siguientes.

Las obras históricas de Lastarria, los Amunátegui, Barros Arana, Vicuña Mackenna, Sotomayor Valdés, monseñor Eyzaquirre, don Crescente Errázuriz, don Gonzalo Bulnes, don José Toribio Medina, y de otros tantos autores contemporáneos que se han ocupado en investigar nuestros anales, constituyen sin duda la base más sólida de la literatura chilena.

Los libros históricos sobre Chile dados a luz por extranjeros, fuera de nuestro país, con excepción de la gran obra del naturalista francés don Claudio Gay, son trabajos de segunda mano, y en ningún caso pertenecen a nuestros acervo intelectual.

Algunos críticos negarán quizás la originalidad de los estudios de historia, por cuanto los autores de ordinario han seguido en la composición de sus obras los métodos y normas de historiadores de Europa y Estados Unidos; pero no podrían hacerlo respecto de otra clase de trabajos, de distinto género literario, en los cuales los chilenos se han inspirado en el carácter y costumbres nacionales.

El primer escritor de mérito, a quien podría aplicarse este último criterio, es don José Joaquín Vallejo, más conocido con el seudónimo de Jotabeche. Aunque no se distingue por su fecundidad, Vallejo sobresale por la exactitud en la pintura de las costumbres chilenas y por el colorido en las descripciones. Jotabeche, en el orden del tiempo, tiene la prioridad entre los costumbristas de nuestro país.

Enseguida, debe mencionarse al historiador Vicuña Mackenna, quien con su *Historia de Santiago* y su brillante estudio sobre *La Quintrala*, entre otras obras, enriqueció nuestra literatura de tendencias criollas.

Pero hay que reconocer que son muy pocos los literatos del siglo XIX que se distinguen por su espíritu nacional.

Lucen en este sentido los novelistas don Alberto Blest Gana y don Daniel Barros Grez, el dramaturgo don Román Vial, los costumbristas don Vicente Pérez Rosales y don Daniel Riquelme, y los poetas populares don Juan Rafael Allende y don Carlos Pezoa Véliz.

A Blest Gana le cupo en suerte educarse en Europa, y a su regreso a la patria, se halló en aptitud de estudiar con

provecho las costumbres y el genio peculiar de sus conciudadanos, que describió hábilmente en forma de novelas.

Sobre todo, en la que intituló *Durante la Reconquista*, ofreció cuadros admirables de la vida popular. El retrato que en ella hizo del huaso patriota ño Cámara no ha sido superado por ningún costumbrista chileno.

Barros Grez se hizo notar por la pintura de las costumbres populares en su novela *Pipiolos y Pelucones*.

En este mismo género sobresalió el dramaturgo don Román Vial, nacido de una rama desprendida de la patriótica familia de aquel apellido, el cual llevó a la escena algunos sainetes de verdadero mérito.

Pérez Rosales había recibido excelente educación literaria en la capital de Francia, donde fué discípulo del célebre dramaturgo español don Leandro Fernández de Moratín.

En las memorias de su vida, que llamó *Recuerdos del Pasado*, trazó con pluma maestra una descripción inimitable de la ciudad de Santiago a principios del siglo XIX, y evocó con perfecto colorido los arriesgados lanices del contrabando que al través de los boquetes de la Cordillera de los Andes liquidaban huasos chilenos y gauchos argentinos.

Daniel Riquelme ganó fama de escritor popular con sus *chascarrillos militares*, en que narraba sabrosas anécdotas de la campaña de 1879 contra el Perú y Bolivia. Riquelme había convivido por largos meses con los soldados de su patria, y sorprendido todos los secretos de su naturaleza espontánea y generosa, a menudo heroica, y no pocas veces viciosa y chocarrera.

Son dignos además de mención los poetas populares Juan Rafael Allende y Pezoa Véliz.

El primero fué dramaturgo y poeta lírico. Su inspiración era genuinamente nacional; y tanto en sus canciones como en sus piezas teatrales revelaba los más íntimos sentimientos del corazón del pueblo.

Pezoa Véliz cantaba con emoción los dolores y alegrías de los trabajadores del campo y de los obreros de la ciudad; pero se diferenciaba profundamente de Allende, pues no poseía la sanidad de alma de este último. Era el tipo del ciuda-

dano rebelde, que con más frecuencia destilaba acibar y no miel.

Los mencionados fueron los principales escritores que formaban la literatura criolla en el siglo XIX.

En nuestros días esta pléyade se ha convertido en una legión.

No será lícito olvidar en esta reseña la poesía propiamente popular o folklórica.

«Los romances de la Península que introdujeron los conquistadores, e imitaron ellos mismos o sus descendientes, ya en su clásica forma métrica, ya a manera de *corridos*, conservan alguna aceptación en nuestros campos; pero ésta no se acerca siquiera a la que gozaron en los antiguos tiempos.

«La *palla* misma, «que hacía la delicia de la chingana», va en derrota. Según Vicuña Cifuentes, la *palla* era una justa poética «en que los émulos lidiaban copla a copla durante horas y aún días enteros.»

«El único género popular que hasta hoy conserva vida propia es el de las canciones o tonadas y el de las zamacuecas, que cantan de ordinario las mujeres en el arpa o en la guitarra; en otros términos, el canto lírico, en cuartetos o seguidillas, menos frecuentemente en quintillas, el cual, según don Rodolfo Lenz, se deriva de la poesía popular española.»

Este género literario ha llegado a adquirir una verdadera originalidad entre nosotros.

En el siglo actual, como ya se ha dicho, las letras nacionales, con caracteres propios, se han desarrollado de un modo extraordinario, sobre todo, entre los novelistas y cuentistas.

Sólo un dramaturgo podría citarse en nuestra literatura criolla de estos tiempos: don Antonio Acevedo Hernández.

Este hijo del pueblo «no es propiamente un autor dramático, por cuanto carece de los conocimientos y de la experiencia del teatro moderno, pero sabe armar una escena o varias escenas, con colorido nacional. Sus personajes son seres reales, arrancados a la vida; y las pasiones que exhibe llevan el sello de la verosimilitud y conmueven el espíritu del espectador.»

La gran mayoría de los novelitas y cuentistas de nuestra época se hallan impregnados del genio criollo; y se consagran

a retratar las costumbres populares. Sólo don Luis Orrego Luco penetra en los salones de la sociedad distinguida, y unos pocos, como don Augusto Thomson y don Eduardo Barrios, se dedican a referir lances y aventuras de la clase media.

Don Mariano Latorre, don Alberto Romero, doña Marta Brunet, don Baldomero Lillo, don Federico Gana, don Manuel Jesús Ortíz, don Joaquín Edwards Bello, don Joaquín Díaz Garcés, don Guillermo Labarca Hubertson, don Ernesto Montenegro, don Rafael Maluenda, don Luis Durand y don Manuel Rojas, entre los principales, no salen de los centros populares, a menudo campesinos, ya de la capital, ya de las provincias.

Esta literatura es esencialmente nacional, y su originalidad salta a la vista.

Puede asegurarse que obras de esta clase se escriben en toda Hispanoamérica, tanto en Argentina como en México, y en Venezuela como en Bolivia. Hay, pues, motivo para que nos enorgullescamos de que en el presente siglo existe en el Nuevo Mundo una corriente literaria distinta de la que predomina en Europa, y de que podemos ofrecer al estudio de los lectores cuadros exactos de nuestras costumbres nacionales.

La literatura chilena no necesita de una obra de muchos tomos para que sea bien conocida; pero, en cambio, puede presentar una historia completa de nuestros anales patrios, escrita con veracidad por los propios chilenos, y una escuela numerosa de excelentes costumbristas, empapados en el espíritu genuino de los sentimientos populares.